

D. ALFONSO DE BORBON

F-115-5

ANTE LOS PARTIDOS.

FOLLETO

POR

DON FRANCISCO DE P. LLIVI.



867 P. 5 2191



BARCELONA.

Imprenta de Leopoldo Domenech,

calle de Basea, número 30, principal.

1872.



D. ALFONSO DE BORBON

ANTE LOS PARTIDOS.

«Cuando la patria sufre es de menguados
no escuadrñar el remedio.

Si por fin en España sonára la hora de que la Revolucion encontrase un buen cauce; si no fuese ya su mision la de debilitar por medio del descrédito el poder ejecutivo, antes al contrario ella le afirmase en sólidas bases desenvolviendo en la esfera de su actividad las ideas justas y morales de universal aplauso, y que abren vastos horizontes á los pueblos sin ningun género de sacrificio. Si piadoso el cielo oyese la voz del sinnúmero de Españoles que desean ardientemente el bien de la patria, ó cuando menos el alivio de sus males, por medio de un gobierno justo y poderoso, que á la sombra del orden moral y material le cupiese la posibilidad de dar vida á las fuentes de riqueza que entraña el pais: y si todavía mas piadoso el cielo antes que permitir que á la actual situacion sucediese otra de carácter inquieta, atrabiliaria, díscola y tenebrosa consintiese que el poder real recobrase aquella importancia que enaltecia al Rey sin mengua de la dignidad del pueblo: ó mejor, si hubiese llegado el momento de que por el interés comun se armonizaran los principios de dos grandes escuelas, y que al llamar la providencia al sólio de San Fernando á uno de los nietos del mismo San Fernando, se sintiese la inspiracion arriba y el ascentimiento abajo. Si llegase este caso que Dios sabe si está escrito en el dédalo del porvenir: si llegase nuestra revolucion á esa etapa cosa, que se halla dentro las condiciones de la posibilidad y tal vez, de la probabilidad atendido el curso de los sucesos y el juicio de los hombres pensadores de nuestra

época: ¿qué principios, qué doctrinas políticas imperarian en el nuevo orden de cosas? Es decir: ¿Qué régimen político debiera establecer el joven D. Alfonso el día que tuviera en sus manos los destinos de la nación española?

Antes que todo debemos decir una palabra. No estamos autorizados por nadie para discutir sobre este problema político. Nuestra pluma no pertenece mas que á nosotros mismos. Vivimos aislados y muy lejos de ese gran círculo en que se agitan los estadistas y aquellos que pretenden serlo. No somos mercenarios, y no rendimos culto sino á nuestro criterio y á nuestra conciencia. Pero queremos lo que quiere España, es decir, la mayoría de los españoles, y sino la mayoría, la parte mas distinguida por su sensatez y fortuna. Los males de la patria desgarran nuestra alma, y abrigamos el convencimiento, tal vez sea una ilusion nuestra, de que estos males no pueden hallar un alivio sin una solucion definitiva en el orden político, y esta solamente existe á nuestros ojos en el advenimiento del príncipe Alfonso: no vemos en ello el nombre, ni el hombre ni la dinastía; no vemos mas que el bien de la nación. El Rey que puede darnos una independencia gloriosa y una libertad discreta. Villanas ingratitudes, amargos desengaños, el conocimiento verdadero de los hombres políticos de esta triste época, y sobre todo, los años que nos han dado la medida de nuestros yerros, han hecho que cayeran rotos á nuestros piés los lazos que nos unian á una de esas fracciones políticas que se llaman partidos. Hoy, libres como es libre el aire, sin escrúpulos, sin compromisos, sin recelos, y desde un punto tan elevado como nos sea posible, pero siempre con aquella mesura propia del escritor honrado, desenvolveremos las teorías que han de ser el corolario del objeto de nuestro pensamiento.

Si nuestras palabras, si nuestros esfuerzos, son solo un grano de arena del edificio que vislumbramos en lontananza, experimentaremos una verdadera y grata satisfaccion, porque habremos visto realizado uno de los mas hermosos sueños de nuestra vida.

I.

Hace año y medio, poco mas ó menos, escribíamos:

«Los hombres que en 29 de Setiembre cogieron el poder, se hicieron árbitros de la nación española. La fuerza material del país pasó entera á sus manos. La Reina y su augusta familia cruzaron la frontera buscando un asilo en tierra extranjera; la nobleza, el clero, los ricos propietarios, es decir, las clases conservadoras, recogieron su aliento temblando ante un suceso tan inesperado como nuevo en los fastos españoles. En cuanto al pueblo, ¿á qué negarlo? el pueblo, aquí como en todas partes, vá siempre en pos de los que mas ahogan sus sentidos, sin ver, tanta es su ceguera y candidez, que su condicion es todavía peor que la de las toscas piedras que sirven de cimiento á esos ricos palacios, obras de gusto y arte que admiran y detienen al pasajero en su camino (1).»

Nadie puede negar que nuestro pensamiento entraña una gran verdad.

Espíritus osados en alas de una ambicion sin medida, venian desde léjos conspirando contra el régimen social y político establecido; pero sus esfuerzos se estrellaban ante la actitud digna y seria del pueblo español. Los hombres graves, las clases conservadoras que no huían de ciertas reformas encaminadas al progreso, que habian visto con aplauso que el sistema representativo habia sucedido á un despotismo mas ó menos ilustrado, y que miraban hasta con simpatía todas las conquistas que la moderna filosofía iba ingertando en el orden político de los pueblos; esos hombres, esas clases, se sentian sobrecogidas de miedo cuando estudiando el carácter, índole y demás circunstancias de los que socavaban el edificio político, allá donde habian de aparecer el génio, la grandeza, la abnegacion y la

(1) Situacion política de España; folleto.

virtud, no veian mas que la pequeñez, la debilidad, el egoismo y el vicio.

Desgraciadamente lo que no se pudo con la osadía se consiguió con un acto que no queremos calificar. Se realizó lo que no era creíble que se realizara. Nadie pudo contener desde luego el desborde, ni los mismos que se pusieron á la cabeza del movimiento revolucionario fueron dueños de dirigirlo. La nación se vió huérfana de su Reina, y el principio de autoridad hundiose para reaparecer en manos débiles é inexpertas. No apareció un Cromwell ni tampoco un Robespierre.

Si la revolución hubiese abierto paso á una alma grande y generosa y que al talento y al valor hubiera reunido ciertas virtudes, que son el don de los héroes, teniendo en los primeros momentos el destino de la nación española en sus manos, hubiera podido dejar una página de agradables recuerdos llevando á cabo la Revolución económica, sin la cual es imposible realizar la Política. Pero el cielo en vez de favorecernos con uno de esos géneos que cambian la faz de las naciones, nos legó tristes medianías que no supieron elevarse á la altura de las circunstancias, ni siquiera á la altura de sus deseos.

Han transcurrido cuatro años desde el día que en Cádiz se dió el grito de insurrección. Han transcurrido cuatro años desde el día en que se ofrecieron al Pueblo Español los bienes de la *tierra prometida*. Esos bienes están todavía vírgenes. Enumerar las promesas para hacer patente la felonía sería tarea enojosa. Es un hecho ya juzgado por la conciencia pública. La nación tiene, es verdad, los derechos individuales, parodia de los derechos del Hombre de la época de la Revolución Francesa, pero los ha pagado á peso de oro, y de esta suerte la cifra del presupuesto de la nación, raya hoy mas alta que cuando la España era gobernada por Isabel II.

A fuer de sinceros y leales debemos sin embargo manifestar que lo que fué posible en un principio, hubiera sido difícil y quizás imposible despues. Alentados por el fuego de la idea mas ó menos patriótica, los hombres de Setiembre hubieran encontrado fácil apoyo en las fuerzas vitales del país, para combatir y barrenar los elementos contrarios al desarrollo de la revolución. ¿Quién en los primeros momentos se hubiera opuesto á que la contribucion de sangre desapareciese por medio de la reduccion del ejército á cuerpos de vigilancia sujetos en su mayor parte á la jurisdicción

civil? ¿Quién no hubiera visto con buenos ojos la sancion de una ley que, sin herir intereses respetabilísimos condujera á rebajar la cifra del clero en el presupuesto del Estado? ¿Quién hubiera osado levantar la voz contra disposiciones que limitaran el número de provincias, y por consiguiente el número de Gobernadores civiles, de Capitanes generales, de Rectores y de Magistrados? ¿Quién no hubiera aplaudido que esta nación que no representa mas que un secundario papel en el concurso de las potencias, renunciara á sostener en San Petersburgo, Lóndres, Paris, Berlin, Roma, Bruselas, Lisboa y otras capitales, plenipotenciarios con escandalosos sueldos, no llevando otra mision que la de ostentar el buen nombre de España como un orgullo de raza? ¿Quién no hubiera aceptado con cariño el principio de que las grandes obras, como los puentes, los canales, los ferro-carriles, las carreteras y puentes deben ser explotados por empresas particulares, reservándose únicamente el Estado la inspeccion sobre las mismas, con cuya medida habrian dejado de correr á su cargo el personal numerosísimo de ingenieros, auxiliares y otros empleados, quedando de esta suerte el Ministerio de Fomento reducido á una mera direccion del de la Gobernacion?

¿Pero á que enumerar las reformas que hubieran podido llevarse á buen término, si son tantas y tales, que su solo nombre podria llenar mayor número de páginas de las que contendrá este folleto? Repitémoslo: lo que fué factible en un principio fué casi imposible despues; ¿porqué? porque los principios políticos no habian sido mas que el pretesto para encontrar el poder. Una vez vencedores ¿qué les importaban las heridas de la patria, de esa pobre y gemebunda patria, de aquella patria tan desolada y hácia la cual desde la emigracion volvian los ojos llenos de lágrimas esos *mártires* de la *libertad*? Embriagados por la riqueza del botin desapareció á sus ojos la idea bella, generosa y santa, y buscaron, ¡imbéciles! la fuerza, la vida en el elemento personal caprichoso é inconstante como las olas del Océano. ¿Cómo habian de llevar á cabo las economías que incesantemente reclamaban de sus contrarios si tenian que dar parte del botin á quien les habia ayudado á cogerlo? ¿Como habian de cercenar el presupuesto de gastos si este bastaba á duras penas á satisfacer la ambicion de todos? ¿Habian de acordarse de suprimir ministerios, direcciones, gobiernos civiles, embajadas, capitanías



generales, si se les caía encima una oleada de pretendientes, una oleada de hambrientos que poco menos que puñal en mano, exigían un cubierto en el banquete de la situación? No les censuremos. Compadezcámosles. La obra era de gigantes y eran enanos. El país esperaba encontrar ángeles y eran hombres.

¡Qué triste juicio formará la historia del período que siguió al movimiento revolucionario de setiembre! Cuando se estudien los hechos sin pasión de partido, cuando serena la cabeza y frío el corazón, se haga un verdadero análisis de los hechos, si el llamado á describir este cuadro histórico siente correr por sus venas sangre española; ¿cómo no le ha de subir el rubor á la cara frente á frente de tanta pequeñez y miseria?

¡Qué de esperanzas no se habían fundado en ese partido progresista que contaba entre sus patriarcas las primeras eminencias de nuestro siglo; preclaros patricios como Arguelles, Calatrava, Lopez y Mendizabal! Al ver lo que ha pasado, ¿quién no creyera que estos varones se llevaron á la tumba el secreto del Gobierno en que soñaba la España?

Olózaga y Espartero por miras personales que no queremos desentrañar, no disputaron al Marqués de los Castillejos la cabeza y dirección del partido y de esta manera el que no puso en la balanza de la Revolución mas que ardientes deseos y empresas temerarias y sin fruto, se encontró como por un azar de la suerte dueño de los destinos de la nación española.

Serrano era Regente pero reinaba sin gobernar.

Se ha censurado mucho á Isabel II que desde su advenimiento al trono hubiese manifestado esa insistencia tenaz en no dar el poder á los progresistas. Se atribuía á antipatía lo que era solo prevención. Cuando llegue la hora de examinar y juzgar sin encono todos los actos de esta Reina como Reina, tal vez los mismos que hoy la increpan se levanten para vindicarla. ¿Acaso podrá negar nadie que haya tenido por consejeros á Narvaez, O'Donnell, Bravo Murillo, Espartero, Arrazola, Isturiz, Armero, Pacheco, Calderon Collantes, San Luis, Mon, Pidal, Posada Herrera y Cánovas? Si estos han dejado un nombre ilustre en la historia como reputados estadistas, si han sido los mas caracterizados, si los hombres de todas las opiniones les señalan como lumbreras de la época, ¿qué responsabilidad alcanza á Isabel II? La responsabilidad no es de ella, es si acaso del país que no los ha tenido mejores.

¿Había de llamar en los últimos tiempos á Espartero encerrado en su sistemático retraimiento? ¿á Olózaga que ya empezaba á pregonar por las córtes de Europa el trono de España? ¿á Prim alma apasionada pero sin crédito como hombre de gobierno, aunque simpático por el recuerdo de sus proezas en Africa? ¿á Madoz perdiendo tristemente el tiempo y la fortuna, administrando intereses sociales que su impericia había de disipar? ¿á Sagasta jóven ingeniero de carácter fuerte é impetuoso, apreciado por sus artículos en la Iberia, pero sin talla política, ni sin condiciones de profundo orador? ¿á Ruiz Zorrilla, mas jóven todavía que Sagasta, y de quien no se sabían otros méritos que los de haber servido el cargo de secretario del Congreso? ¿Había de llamar á Echegaray, Figuerola, Montero Rios y Moret, dedicados casi exclusivamente á la enseñanza; y sin nombre en el mundo político? ¿O había de llamar á los apóstoles de la democracia española, Rivero, Figueras, Orerse, Ordaz Avecilla y Sixto Cámara que en la tribuna y en la prensa venían haciendo la propaganda mas viva, mas agitada, mas ardiente contra la monarquía? ¿á quien del partido progresista había de llamar la Reina D.^a Isabel II, y de quienes se había de componer el Consejo de Ministros?

¡Aspirabais al poder! Y bien, habeis llegado á la cumbre de vuestros deseos, vuestros sueños se han realizado ¿y dónde está la bienandanza de la patria? ¿Dónde están vuestros votos, vuestros juramentos? ¿Qué desencanto para aquellos que ciegamente confiaban en vosotros! Ved, lanzad una mirada al país y preguntadle si se halla satisfecho de vuestra administración. Esos ofrecimientos en los que revelabais un porvenir de gloria y felicidad no han pasado de vuestros labios. ¿A que referirlos? ¿á que relatar vuestros errores, vuestros crasos errores, si la relacion seria pálida ante la realidad del cuadro?

Nada falta para que vuestra obra sea acabada. Ni los puntos negros.

Acusabais á la Reina de pérfida porque os rechazaba. Creiais ver en sus actos todos los crímenes, y nécios no mediais vuestra talla. No había esa antipatía de que haciais tanto alarde; había prevención ó lástima. La culpa no es de ella, es vuestra, exclusivamente vuestra. ¿Creéis que si hoy saliesen de sus sepulcros los venerandos Arguelles, Calatrava, Mendizabal y Lopez os reconocerian por sus adeptos? ¿Creéis que no os arrojarían á la cara vuestras faltas? Preguntadle si está con vosotros al Du-

que de la Victoria, ese único que queda de tan ilustre pléyade, y os contestará con una sonrisa de indiferencia ó tal vez de desden.

Es verdad que la Reina os habia relegado al olvido. Pero aun poniendo una valla insuperable entre ella y vosotros, os daba muestras de mas aprecio, que aquellos que os levantan para ponerlos en evidencia, y para hundiros luego al abismo con la vergüenza en la cara y el remordimiento en el corazon. No, no era su voluntad la que creaba los obstáculos tradicionales; estos existian, si, pero en vuestra torpeza y en vuestra nulidad.

Sois ambiciosos. Este es vuestro pecado capital. Pero la ambicion que á los demás engrandece á vosotros os lleva al ridículo. Estais dando un público testimonio de vuestra ceguedad; sois débiles, no teneis amigos, estais cercados de contrarios, vuestro rey no os quiere, vuestra reina quizás os ódia, sois un grano de arena ante un mundo, y sin embargo, insensatos! os habeis dividido como si fuérais fuertes y poderosos, para resistir cada uno de por sí á los embates de la fortuna. ¡No cabeis juntos en el poder! ¡ó será que el poder sea todavía pequeño para vosotros juntos!

Habeis dividido un partido en dos, habeis hecho de una cosa débil dos mas débiles todavía. No os envidiamos vuestra dicha, ni vuestra gloria.

La obra es digna de sus autores.

Mario y Syla dueños de la suerte de España.

¡Pero qué Mario!.... ¡Qué Syla!....

II.

Los partidos son contemporáneos al hombre.

* Lo que pasó entre Cain y Abel es una prueba.

Las naciones son los grandes partidos.

En la diversidad de razas se vé ya la mano de Dios.

Descendamos un poco.

En la antigüedad ciertas agrupaciones obedecén á un espíritu personal. El cariño ó admiracion hácia el hombre ó hácia una familia.

La historia de Roma ofrece sin embargo escepciones honrosas.

Tarquino sucumbe á una idea.

Los parciales de los Gracos no se inspiran mas que en el amor hácia el pueblo, y en el ódio á las clases opresoras.

Descendamos algo mas.

El Masonismo nace en Italia. Es un partido con caracter universal, con tendencias á pulverizar todos los cetros del mundo.

Se ramifica en Francia y tal vez produce el 93: es decir la inmensa hoguera donde en menos de dos años desapareció la mitad de una jeneracion.

Nada tenemos que decir de esas pequeñas agrupaciones conocidas con los nombres de Jirondinos, Jacobinos, Franciscanos, Termopolitas y otras: destellos de la hoguera, y que tragó el caos.

Descendamos todavía mas y vengamos á España. Una chispa de esa Revolucion Francesa, revive el espíritu liberal adormecido por el mas estúpido fanatismo.

Decir que revive es prueba de que ha vivido entre nosotros

¿Quién lo duda?



Ha hecho mas que revivir: ha imperado durante siglos.

¿No eran acaso liberales aquellos que como Pelayo, Favila y Alfonso, empezaban en un rincon de Asturias una guerra de raza, que habia de terminar gloriosamente la inmortal Isabel la Católica?

¿A qué aspiraban sino á la libertad, á la integridad y á la independencia de España?

Esos Concilios de Toledo, esas Córtes de Valladolid, Búrgos, Toro y Barcelona, verdaderas asambleas políticas en donde se discutian asuntos tan importantes como las leyes y el reconocimiento de los monarcas ¿qué representaban sino la misma soberanía del país?

El Parlamento de Caspe, ese acto de los mas gloriosos que registra la historia, ¿qué significa sino la autonomía de la nacion, y el ejercicio por su parte de derechos originarios de la escuela liberal?

¿Qué eran sino liberales los Reyes que instituian el justicia de Aragon, cuyas funciones consistian en moderar el poder de los mismos Reyes, y mantener los privilegios de los aragoneses?

¿Y lo eran menos aquellos que concedian cartas pueblas á las ciudades, villas y aldeas, emancipando á los villanos del yugo de los señores, haciéndoles tomar carta de ciudadanos, y devolviéndoles con el prestigio de su poder la libertad y hasta la dignidad que habian perdido?

¿No fué liberal Jovellanos? ¿No lo fueron Campomanes y Floridablanca? Y últimamente ¿no lo fué el mismo Carlos III que con su célebre decreto de espulsion de los Jesuitas dió un público testimonio de su entereza y liberalismo?

En el año 1812 se organiza el partido liberal y funda la Constitucion política; origen y fuente de donde proceden cuantas se han sancionado despues.

Vencido este partido en 1814, reaparece en 1820 para volver á ser vencido en 1823.

Es el flujo y reflujó: ó sea la revolucion y la reaccion.

La muerte de Fernando VII deja huérfana una niña.

Los liberales, á quienes la viuda de este Rey, Doña Maria Cristina, habia abierto las puertas de la patria, pagan deuda tan sagrada abrazando el partido de esta niña.

Los realistas van al campo de D. Carlos.

Hé aquí dos grandes partidos: el Liberal ó Isabelino y el Realista ó Carlista.

Entrambos apelaron á las armas para hacer triunfar su Rey ó sus creencias.

Es un medio como otro cualquiera.

Es un juicio de Dios en grande escala.

Dios estuvo por parte de los liberales, por esta vez.

Pero antes del término de la lucha habia surgido ya la division en el campo liberal.

Habia nacido el partido exaltado.

La Constitucion de 1837 coronó sus deseos y sus esfuerzos.

Asoma el Setiembre de 1840. El partido exaltado que abandona este nombre por el de progresista, se constituye en instrumento de un soldado, que ha tenido la fortuna de terminar la guerra civil. Es el escabel para que este mismo soldado llegue á la cumbre del poder.

La idea debió absorber al hombre. Pero no sucedió así. Por esto idea y hombre se desplomaron á la vez.

Espartero abrió paso á Narvaez, organizador del partido moderado.

Fué un reflujó suave, ó una sensata reaccion.

Hablando de Narvaez en otra ocasion dijimos: «Que estableció el principio de autoridad en su mayor vigor, y que contubo las oleadas de abajo con la calma mas serena, no dejando imperar á nadie por encima de su cabeza.» (1)

No le faltó talento cuando menos para conocer el caracter de los españoles, y saberse rodear de las grandes notabilidades de la época.

Sinó fué hábil, fué enérgico, y cuando en 1848 se derrumbaban los tronos de Europa, tuvo la firmeza suficiente para sostener el orden en España.

Era por lo comun duro, y en muchas ocasiones rayó en cruel. Pero las circunstancias obraban poderosamente en su ánimo vivamente impresionable.

La constitucion de 1845 demuestra que supo trazar con mano de hierro a línea de la reaccion cediendo de ella en 1857 con la reforma de la mis-

(1) Situacion Política de España. Folleto.



ma, sacrificio debido á los esfuerzos de Nocedal ó mejor, hecho en aras de la cohesion del partido moderado.

Detrás de Narvaez descuella la figura de O'Donnell. En otro libro hemos dicho que su alma tenia el génio del marino sin que las tempestades de arriba ni de abajo hiciesen mella á su carácter de hierro.

Mandar era su pasion y á la que sacrificaba todo lo de este mundo.

Pretendió ser la cabeza de un partido, y la union liberal vino á satisfacer su deseo.

El nombre de la Union Liberal habia sonado bien en el corazon de los Españoles.

Es inútil desentrañar misterios y orígenes. Pero lo que en un principio fué una coalicion ó alianza para destruir un Gabinete, fué despues una idea generosa.

Al rededor de esta bandera se agruparon los descontentos, los díscolos y los ambiciosos, reforzados por un puñado de jóvenes de valía, que amaban la idea, pero que á través de ella veian su medro personal.

Un autor francés ha dicho que en Alemania se piensa, en Inglaterra se discute, en Italia se canta y en Francia se charla. ¿Porque no completó el pensamiento añadiendo, y en España se conspira?

Conspirar contra lo existente es la ocupacion favorita de los españoles, y en esta parte O'Donnell era español y muy español.

Aspiraba al poder, y lo obtuvo por medio del movimiento revolucionario de 1854, pero el partido progresista le disputó la mitad del botin.

Dos elementos opuestos en el poder no podian existir, era un consorcio monstruoso.

Fueron dos años de continúa lucha, dos años de discusiones vivas, agitadas y ardientes, que terminaron con un golpe de Estado dado habilmente por O'Donnell.

Dueño este del poder, la ocasion no podia ser mas favorable, para que sin estorbo de ninguna clase pudiese desenvolver el credo político de la Union Liberal.

La constitucion de 1845 era obra de los moderados; era un cuerpo de doctrina, era la síntesis de sus creencias, el símbolo de su pensamiento, la fé de su religion.

Obra que fué hecha á pedazos en 1854.

¡Quien lo creyera! en 1856 sus mismos verdugos volvieron á darla vida y la prohijaron.

El acta adicional fué algo como un remordimiento ó una concesion sino á los vencidos á la opinion pública, y sin embargo no habia en ella mas que el pensamiento de un hombre.

Este hombre era Rios-Rosas.

Alma de fuego, corazon sin tacha, pero arrebatado. Inteligencia privilegiada pero sin norte. En sus obras imprime su pensamiento poderoso cuando se agita, pero no las convicciones porque carece de ellas. Cual buque sin timon lanzado en el Océano vuela su espiritu sin rumbo fijo.

Los ciegos partidarios de la nueva situacion dijeron que les habia faltado tiempo para hacer una obra propia. ¿Pero porque no lo hicieron mas tarde? Es verdad que O'Donnell tuvo una caida pronta é inesperada, pero cuando recobró el poder en 30 de Junio de 1858 ¿porqué no dió vida á un código fundamental en el cual hubiese podido escribir con rasgos indelebles sus principios, sus teorías y sus doctrinas políticas?

¡Misterios del corazon! En 1856 trueca en púrpura el sudario que encubria la constitucion de 1845, y dos años despues vuelve á recoger la herencia del partido moderado, y, ¡oh verguenza! repudia el acta adicional y admite como Código fundamental del Estado ¿qué? La Reforma de la Constitucion de 1845, aquel Código que habia levantado las iras populares, que el partido Unionista habia combatido en la prensa y en la tribuna, aquella obra que sometia los reglamentos de los cuerpos colegisladores al voto del Rey, y en casos determinados destruia la ley de 1835 sobre mayorazgos, ley liberal, ley que entraña los mas sanos principios económico-políticos, que tiende á dividir la propiedad y que arroja al viento las últimas cenizas del feudalismo.

¡La Reforma considerada como un verdadero sacrificio de Narvaez á Nocedal! La obra de la reaccion! ¡La que devolvia el pais á Calomarde!

¿Donde están las doctrinas, el credo político de la Union Liberal?

¿En las leyes orgánicas?

¿Qué! acaso estas leyes pueden destruir los grandes principios, los cimientos, la base de la Constitucion del Estado? acaso la ley de instruccion pública, la ley electoral ni la ley de imprenta pueden dar derechos que rechaza el Código fundamental?

No.

Sed confesos ya que mas dichosos que los girondinos franceses vuestros hermanos habeis escapado del martirio. Confesad que no habeis tenido credo político; confesad que vuestros principios son los mismos, idénticos, que los del partido moderado; confesad que sois liberales, que amais la libertad de los pueblos verdaderamente libres, esa libertad querida, hermosa, santa, caída del cielo, pero que no teneis el valor ni la voluntad de verla traducida en ley, porque por encima de vosotros, por encima de vuestros sentimientos hay la fría y serena razon.

No hay que dudarlo, la Union Liberal es el partido moderado ó conservador con sus creencias y sus aspiraciones, con sus virtudes si las tiene, con sus defectos si no carece de ellos. ¿Qué importa que hasta hoy le hayan dirigido Narvaez, San Luis, Gonzalez Bravo, Bravo Murillo, Isturiz, Arrazola, Pacheco, Mon, O'Donnell, Lersundi y Serrano, y que mañana se pongan á su cabeza Rios Rosas y Topete ó tal vez Alonso Martinez, Silvela y Ulloa?



III.

Claramente se deduce de nuestras palabras que para nosotros no existen en España mas que cuatro partidos de raiz propia; con su historia y su filosofia, que han sufrido diversas alternativas en la suerte que les ha cabido en el curso de su vida; que tienen su gloria, sus héroes y sus mártires.

El absolutista ó carlista, el moderado ó conservador, el ecsaltado progresista ó radical, y el demócrata ó republicano federal ó unitario.

Cada uno tiene sin embargo sus diferentes matices que hace que vistos bajo cierto punto de vista, podrian contarse los partidos ó las escuelas por el número de españoles. ¿Aceptan por ejemplo todos los absolutistas el absolutismo absoluto, el que supone la renuncia ó abdicacion á favor del Rey de los derechos naturales que el hombre recibe de Dios? ¿Acaso Zumalacárregui por ciertas tendencias que revelaba contra ese absolutismo absoluto no era mirado con alguna prevencion ó desvío por la corte de Oñate? ¿Acaso no se desconfiaba ya de Cabrera por esto mismo, en los mismos dias de la guerra civil, y no existe hoy en opiniones políticas un abismo insondable entre él y el duque de Madrid, no obstante del cariño y adhesion que el primero profesa al último? ¿Es el moderantismo de hoy el mismo que el de ayer? ¿Hay semejanza entre Narvaez y San Luis, entre Bravo Murillo y Pacheco? ¿Corren parejas Sagasta y Ruiz Zorrilla, Olózaga y Espartero? ¿Son iguales, idénticos los principios de Rivero y los de Castelar, ni siquiera los de Figueras y Pi y Margall?

Pero no hemos de llevar el rigorismo hasta el extremo. No es posible descender al estudio de las particularidades, de detalles y municiosidades que escapan á la simple vista. No hemos de acercar tanto el ojo al hom-

bre para estudiar todos los movimientos de la sangre en su curso por las diferentes arterias de su cuerpo : basta que se comprenda que caminando por diversas partes affuye toda al corazon. No hemos de elevarnos á ciertas elocubraciones que son de la esfera de la ciencia sublime, la metafísica. Al contrario nos toca estudiar las cosas por el sentido comun. Hemos de creer que lo parecido es hermano de la idéntico, hemos de ver como el aereonauta los grandes picos que descubre á sus piés, sin detener la mirada en el inmenso número de colinas que esos mismos grandes picos dominan, ahogan y dejan casi imperceptibles á la vista.

De las cuatro escuelas que acabamos de nombrar, existen dos que son incompatibles con D. Alfonso. La absolutista y la republicana.

El partido absolutista no quiere mas que al titulado Carlos VII, como no habia deseado otro poder que el de Carlos V, y despues de este el del conde de Montemolin. Todas las esperanzas de sus partidarios debieron quedar muertas en los campos de Vergara, completamente ahogadas en el abrazo que dió Espartero á Maroto. Sin embargo, en cuantas ocasiones han notado debilidad en el país, han intentado hacer un esfuerzo para imponerse; pero sus ilusiones se han desvanecido con mas ó menos rapidez, segun el grado de vigor que ha querido desplegar el gobierno de la nacion. Sus principios son antipáticos á la casi universalidad de los españoles, por oponerse á todo progreso moral, toda vez que ponen la dignidad del individuo á los piés de un rey que puede ser un tirano. Los secretarios del absolutismo, en su mayor número rudos montañeses, llevan su constancia hasta la temeridad, alentados por una parte del clero que nada ilustrado, vé, fanático y ciego, en el triunfo de de este partido los diezmos, las primicias, los conventos, el inmenso patrimonio de la Iglesia que hoy poseen legítimamente millares de familias, cosas que condena la conciencia pública y que ha herido la mano de Dios.

Dejando aparte la cuestion de principios, es siempre doloroso que exista esa division de dos ramas de una familia, por lo mismo que tan cara le cuesta á la España. ¿Porqué Carlos V antes de encender la guerra fratricida, antes de ver la nacion apenas repuesta de la tiranía francesa, convertida en un lago de sangre, no se acercó á la cuna de su sobrina, que acababa de quedar huérfana de padre, no la escudó con su manto tutelar, no la apoyó en su edad infantil, y no la dió los mejores y mas atinados

consejos en la edad mas difícil de la vida, la mas llena de escollos, cuando las pasiones hierven vigorosamente dejando muchas veces mudas á la razon y al deber? ¿Porque no prefirió antes que todo un puesto elevadísimo á su lado, quizás la regencia, cuando menos el de primer consejero del Consejo real? ¿Porque el conde de Montemolin no oyó los avisos y tal vez amonestaciones de personas de elevadísimo criterio? ¿Porque no oyó al mismo Czar de Rusia cuando este poderoso monarca reconoció los derechos de Isabel II? ¿Porqué tuvo la temeridad inaudita de abrir la campaña de 1848, tan funesta para sus adictos y en la cual solo por milagro se salvó el famoso caudillo D. Ramon Cabrera? ¿Porqué en hora tan menguada intentó renovar la lucha comprometiendo al capitán general de Mallorca, Ortega, que pagó su deslealtad con la vida, y comprometiéndose él mismo, desembarcando en San Carlos de la Rápita, representando á los ojos del mundo un papel triste del que se avergonzara el mas miserable aventurero? Y finalmente, ¿porqué el duque de Madrid, ese titulado Carlos VII, no mas cauto ni mas prudente que su abuelo y su tío, en vez de atizar la hoguera de la guerra civil, en vez de comprometer su fortuna y otra que no le pertenece, en vez de ir de corte en corte mendigando el apoyo que todas le niegan, no abdica de sus pretensiones injustas, haciendo valer mas tarde esa abdicacion para reivindicar los bienes de alguna monta confiscados á su familia, y un puesto de honor en la corte de su rey y de su primo?

Es el partido republicano, tambien incompatible con el Príncipe Alfonso en el trono, tanto como elemento de accion, ó como elemento doctrinario ó de propaganda.

Ha nacido ayer, y sin embargo tiene habladores como Orense, pensadores como Pi y Margall, filósofos como Salmeron, oradores como Figueras, escritores como Barcia, discutidores como García Lopez, críticos como Robert y oráculos como Castelar. Nada le falta. Ni mártires como Sixto Cámara y Guillen.

Almas vírgenes, cabezas de fuego, corazones abiertos y generosos, verdaderos héroes dispuestos á consagrar su vida en aras de su fé.

Pero ¿porqué Rivero, Martos, Asquerino, Becerra y muchos mas se han apartado de esta doctrina? ¿Es su apostasia una traicion? ¿Se han vendido al becerro de oro?



No lo creemos: lo que creemos sí, es que sus cabezas se han llenado ya de canas, y las canas por lo comun ponen sesudos, graves y pensadores á los hombres.

¿Quién en los verdes dias de la mocedad no se ha sentido republicano, por lo comun sin decírselo á sí mismo?

¿Quién no ha soñado en un gobierno libre, justo, patriarcal, reparador de todas las demasías, amparo de los débiles, sombra de los oprimidos, antes clemente que severo, antes previsor que justiciero, lleno de grandeza, de amor y de ternura?

¿Quién ante la tiranía y soberbia de Tarquino, el idiotismo de Calígula, las crueldades de Neron, las dilapidaciones de Vitelio, las extravagancias de Dionino de Siracusa, las terribles iniquidades de Severo, Comodo, Diocleciano, Heliogábalo y Caracalla no ha sentido bramar en el fondo de su interior la voz de odio hácia los reyes confundiéndolos con aquellos abortos del infierno?

¡Pobre corazon que te dejas llevar tantas veces del ímpetu sin que de nada sirva el pensamiento!

Raciocinemos.

La República es el gobierno de los ángeles, ha dicho un escritor.

¿Qué bueno seria que el hombre no necesitase de la férula, que tuviese el buen juicio, el sano criterio, para conocer y apreciar lo bueno, para apartarse de lo malo, que de él nunca tuviese que temer la sociedad la menor desviacion! ¿Qué bueno seria que desapareciesen las penas, los castigos, las cárceles, los presidios, el cadalso; que desapareciesen esas leyes cruentas que el hombre ó el juez en nombre de la sociedad se vé precisado á aplicar! Pero desgraciadamente esto no es posible, desgraciadamente es una utopia pensar que el hombre pueda vivir sin mácula. Desgraciadamente el hombre ha nacido cometiendo un pecado, desobedeciendo la ley de Dios, y morirá indudablemente faltando á esa misma ley. ¡Condicion del hombre, misterios del alma, arcanos quizá insondables, para unos sujetos á una ley moral, para otros obra del fatalismo! Pero no, no penetremos tan á fondo, no estudiemos las causas, no nos elevemos á una altura en la que la razon se pierde en investigaciones, en pensamientos detrás de los cuales solo vé abismos sin fondo. Estudiemos solamente los efectos. El hombre obra mal, esta es la verdad, por pasion,

por vicio, por placer, y es preciso castigar esa pasion, ese vicio, ese placer; es indispensable crear la ley que tienda cuando menos á la correccion y mejora del mismo hombre.

No divagamos: nos dirigimos al fondo de la cuestion. Es preciso imponer al hombre: en ello vá la suerte de los demás, es decir la salvacion comun; si la sociedad fuera débil, el individuo empezaria por no temerla, no respetarla y acabaria por reirse de la misma. Es por consiguiente forzoso que la sociedad sea poderosa, fuerte, que su alma sea de acero; lo debe ser para hacerse respetable por los fuertes y para proteger á los débiles. ¿Será de acero su alma siendo el poder de todos para todos ó cuando resida ese mismo poder en una institucion representada ayer, hoy, mañana y siempre por una persona permanente, tranquila, serena, fria, indiferente á los deseos, esperanzas, exigencias, ambiciones de los demás, un hombre cuya fuerza esté en la justicia, pero en quien se vea algo más que el sér débil de la criatura humana, algo que le encumbra, que le haga potente, que la acerque si es posible á Dios?

No escribimos un tratado de derecho público. Ni el objeto, ni el tiempo de que disponemos, nos permite abrir un detenido juicio sobre la forma de gobierno mas conveniente á España. Además, hoy las pasiones políticas están demasiado agitadas, para que el alma se abra al verdadero y frio raciocinio. La propaganda no se hace en un libro, sino en la prensa periódica, en la tribuna, en la plaza pública, en las calles, en los cafés y en las tabernas. Pero apesar nuestro, no podemos resistir al deseo de desvanecer ciertas ideas que impresionan á los corazones sencillos, dispuestos siempre á todo lo generoso, bello y santo.

Se habla de los crímenes de los Reyes como si no fuesen hombres; como si cambiando de nombre se cambiara de naturaleza; como si un Cónsul ó Presidente de la República no estuviese sujeto á las condiciones de debilidad del hombre. Criminales los hay en todas partes, en toda la escala social, arriba y abajo. Por ciertas individualidades, por ciertos caractéres se quiere condenar á una institucion. ¡Teneis fijos los ojos en Lucrecia, victima de la brutalidad de Sexto hijo de Tarquino el soberbio, y no veis á Virginia en tiempo de los Cónsules, en tiempo de la república muerta por su mismo padre por no verla sin honor en brazos del malvado Apio! ¡Juzgais al hombre sin estudiar la época! ¿Fué en tiempo de la Monarquía

ó en el período de la República, en tiempo de los Reyes ó en el de los patricios cuando el pueblo romano no pudiendo resistir las vejaciones de estos últimos tuvo que retirarse al monte Aventino? Acaban los Reyes y empiezan los patricios, acaban los patricios y vienen los dictadores. Este es el verdadero círculo de la vida humana. No os deslumbren esos grandes cuadros históricos sin que antes no estudiéis é investiguéis su fondo. La historia de los reyes es como la historia de los pueblos.

A un rey infame ¿creéis que no se puede oponer un pueblo también infame? Aquel que arrojaba de su seno á Camilo despues ¡de deberle la conquista de Veyas la Troya de Italia ¿era un pueblo justo, digno, honrado, agradecido? ¿No mereció que de los lábios de tan ilustre patricio saliera esta terrible imprecacion «¡Oh Nemeris! diosa de las venganzas, yo te imploro : si me ves injustamente arrojado por la fuerza y la envidia de mis conciudadanos haz que un día se arrepientan y que echen de menos al desterrado»? Votos oídos por el cielo, pues apenas pasaba los umbrales del destierro, fué llamado por aquella ingrata patria para que le librase del yugo de los galos. Y ¿era justo, digno, honrado y agradecido aquel pueblo que asesinaba á trabucazos á Masaniello cuando este le ponía á sus pies el orgulloso virey de Nápoles? ¿Lo era aquel que cortaba la cabeza de Ciceron, de Ciceron mas inmortal que Roma, y quien con su poderosa oratoria acababa de librarle de una revolucion social? Y por último ¿lo era aquel que desterraba á Scipion el Africano despues que con sus conquistas le habia devuelto la vida, la honra y la gloria, convirtiendo en cenizas á su terrible rival Cartago, cuya sentencia de destierro recibió sin decir otras palabras que «patria mia no tendrás tu mis huesos.» Maldicion cruel, la mas cruel que puede lanzar un hijo á su patria.

¡Oh pueblo, pueblo, tu también tienes tus crímenes! ¿Y hemos de condenar á todos los pueblos del universo porque en ciertos períodos ha existido alguno que ha ahogado sus grandes sentimientos dejándose estraviar por pasiones funestas?

¡La justicia que se hace á los pueblos se debe también á los reyes!



IV.

¿Queréis la República? enhorabuena, fundadla si podeis. ¿Pero dónde está vuestro modelo? ¿En Roma?

¿Dónde teneis á vuestro Scevola,? ¿á vuestro Camilo? ¿á vuestro Bruto? ¿á Bruto llevando su amor á la idea hasta el punto de matar á sus hijos á quienes habia sorprendido en una conspiracion contra la República? ¿Dónde teneis á vuestro Valerio, ese Consul que conociendo que las torres de piedra que construía encima del foro desagradaban al pueblo las hizo demoler en una noche, y fué á vivir en una habitacion modesta en el llano de la Ciudad?

¡En vuestro orgullo creéis tal vez tener á esos hombres, pero os espantará seguramente la idea de que el poder caiga en manos de un Mario! ¡Temblais ante sus injusticias y crueldades! Sabeis que en su tiempo desapareció todo temor á las leyes, y que no quedó el menor rastro de pudor. Viva teneis la imágen de aquel Senado de cuyos fueros hizo este dictador burla y escarnio, y vuestros ojos se cierran para no ver á los tribunos, esa majestad del pueblo, apedreados, pisoteados y escupidos por el mismo pueblo.

¿Pero qué período quereis elegir en que no veais una cosa igual ó parecida? Citareis Cónsules que sabian sacrificar su vida por la patria, organizaciones duras como el bronce que resistian á todos los dolores, almas vigorosas, voluntades de hierro á quienes ningun embate hacia mella ; pero que no abusaran de su autoridad, que no se elevaran sobre los demás, que no deprimieran, que no se gozaran en mortificar al que creian poderoso, en una palabra que no se hicieran tiranos, no, no encontrareis

uno solo, por largo que sea el catálogo de los Cónsules ó Gefes de República.

Y si pasais de Roma á Venecia, si quereis prescindir por un momento de la agradable impresion que hace á vuestros oidos el nombre de la Ciudad de las lagunas, de la antigua soberana del Adriático, si quereis ahogar la poesía que parece que ha nacido allí, si os haceis sordos á los recuerdos dulces de una ciudad creada como un capricho de la naturaleza, teniendo por calles el mar y por cielo un firmamento puro y sereno; si haciendo un esfuerzo apartais de ella todo ese encanto seductor en que habreis soñado tantas veces, esa grandeza que conmueve y deslumbra, que fascina y seduce, que atrae el corazon y arrebatá el espíritu, con esa admófera, con ese aire puro, lleno de balsámica aroma que os hace sentir ese voluptuoso placer del mundo oriental; y si haciendo un esfuerzo mas supremo todavía, no veis ya esas fiestas, esos bailes, esas orgias, esas góndolas orladas de luces de mil colores surcando las aguas, lijeras como las aves, llevando y meciendo en su seno á la hermosa veneciana con sus atavíos de perlas y oro, embriagada de amor, y cubriendo con sus largas trenzas á su amante, que rendido á sus piés la declara su pasion al compás de sus cantos sin mas testigos que el mar y el cielo. Y si á vuestro corazon no habla esa armonía: si os sentís fuertes para no dejaros llevar mas que por la razon fria y serena, si buscaís la verdad como el médico busca el mal en el enfermo, deteneos un momento para estudiar á este pueblo, para conocer su constructura y para apartar luego los ojos y decir con el poeta: «*Non Raggionar di lor ma guarda é passa.*»

No hablemos de los tres primeros siglos de Venecia. La bruma del tiempo los encubre poco menos que con denso velo. Se dice que su sistema político era democrático. No es extraño. Todas las sociedades en su infancia han tenido este régimen.

En el año 697, Pablo Lúcas Anafesto inaugura la institucion de los Dogas. El Doga ó Dux, es el Jefe del Estado y goza de todos los atributos de monarca. El nombre de República es quimérico porque en el fondo existia una monarquía electiva. Una verdadera monarquía electiva con sus errores, con sus turbulencias, con sus luchas intestinas.

Desde entonces las familias nobiliarias formando causa comun, empie-

zan á tener preponderancia en el país. De ellas salen los Dux; á ellas les cabe hasta cierto punto el derecho de elegir esta alta dignidad y de ellas se compone la asamblea general que tiene una participacion importante en los asuntos del Estado.

El pueblo.... ¡oh en cuanto al pueblo! es el obrero que trabaja, el marinero que navega en las flotas del Estado ó de los particulares, es el soldado que guerrea, ó á lo mas el industrial que se consagra al progreso de las artes, ó bien el comerciante que al enriquecerse dá vuelo y vida á los destinos de su pátria: y cuando las rivalidades entre las familias patricias ensangrientan el suelo veneciano, entonces el pueblo es el instrumento y la víctima de estas familias.

Hasta el siglo XII los dux luchan temerariamente para convertir en hereditaria su autoridad; empeño vano que cuesta á lo que vá desde últimos del siglo VII á primeros del citado XII, á trece de ellos la abdicacion y el destierro, á cinco la ceguera y á otros cinco una ignominiosa muerte.

Este dato histórico habla mas alto y mas elocuentemente que la relacion que pudiéramos trazar con los colores mas subidos sobre los sucesos de que fué teatro Venecia en aquella época.

La trágica muerte del Dux Vital Michieli dió ocasion á que se instituyera el Gran Consejo compuesto de cuatrocientos setenta individuos de las familias nobiliarias del país, á cuyo cargo quedaron los asuntos de mayor importancia de la nacion. El senado, que existia desde mucho tiempo antes, como consejo facultativo del Dux, pasó á ser una comision permanente delegada por el Gran Consejo para los asuntos de suma importancia; y al mismo Dux se le agregó un Consejo particular compuesto de seis individuos, que fué el verdadero depositario del poder ejecutivo.

A esto siguió muy luego el Consejo de los Diez, que se apoderó completamente de la direccion superior de la República, y poco mas tarde, del seno de este mismo Consejo nació el célebre Tribunal de la Inquisicion del Estado.

Aquello fué una revolucion política para Venecia: lo que hasta entonces pudo muy bien calificarse como una monarquía electiva, fué de ahí adelante una verdadera República Oligárquica.

El Dux existia sin embargo; pero sin sombra de poder.

Lo que dá exacta medida de la influencia que ejercia esta autoridad es el siguiente episodio histórico del Dux Francisco Foscari.

El último hijo que de una numerosa familia le quedaba se llamaba Jacobo. Acusado éste de haber recibido dinero del Duque Felipe Visconti que se hallaba en guerra con Venecia, fué sometido al tormento á pesar de los esfuerzos que hizo el padre para evitarlo. El tormento le arrancó una confesion, y fué condenado al destierro. Vivía resignado en su destierro cuando al cabo de cinco años volvió á ser acusado de la muerte del Gefe del Consejo de los Diez. Llevado á Venecia fué otra vez puesto en el tormento pero en esta ocasion estuvo negativo; pero ni sus negativas ni la carencia de pruebas de su culpabilidad, no impidieron que fuese de nuevo condenado al destierro. Pasado algun tiempo un hombre que tenia notoria fama de bandido, estando en el lecho de muerte se confesó autor de este crimen. Habiendo llegado esta circunstancia á conocimiento de Jacobo Foscari, reclamó contra la última sentencia al Consejo de los Diez del cual no pudo obtener respuesta. Entonces no atendiendo mas que á su desesperacion, y al imperioso anhelo de volver á ver á su familia y pátria, escribió al Duque de Milan como implorando su proteccion en el Senado; en seguida reflexionando que su carta se miraria como un crimen él mismo la depositó en un lugar en donde estaba seguro de que seria hallada por los espías que le rodeaban. Sucedió en efecto lo que habia previsto; y llegó la orden de conducirle de nuevo á Venecia. En presencia del Consejo de los Diez declaró Jacobo el objeto con que habia escrito la carta, y el modo como habia hecho que cayese en manos de sus delatores. La sinceridad de estas declaraciones no fué capaz de ablandar la dureza de sus jueces. Fué por tercera vez sometido al tormento; recibió treinta vueltas de cuerda sin alterar en nada sus anteriores deposiciones, y le sacaron moribundo de la cuerda.

Su padre, madre, su esposa y sus hijos pudieron lograr permiso de ir á visitarle en la cárcel: apenas los vió que alargando hácia ellos sus manos suplicantes, desconyuntadas por el tormento, pidióles con las mayores ansias que solicitasen algun alivio de sus males; pero ni sus lágrimas, ni sus ruegos, ni la sangre que manaba de sus heridas, nada pudo cambiar su lamentable situacion. «Respetá tu sentencia, hijo mio, le respondió el anciano Dux con acento conmovido; vuelve á tu destierro, toda

vez que la república lo ordena y sométete á su voluntad.» Al oír estas fatales y desgarradoras palabras, Jacobo inclinó la cabeza y guardó silencio, trasladado otra vez al punto de su destierro, murió de dolor al poner los piés fuera de la embarcacion.

La humillacion del Dux Francisco Foscari no terminó aquí. Jacobo Loredan que era del Consejo de los Diez, habia escrito en su libro de cuentas en letras trazadas con sangre: *Francisco Foscari debe por la muerte de Marcos y de Pedro Loredan, mi padre y mi tio*; y llevaba la intencion de no borrar estas terribles palabras hasta haber esterminado la raza de los Foscari.

No quedaba mas que el Dux que era octogenario, abrumado de dolores físicos y de sufrimientos morales. Loredan, poniendo en juego la mas vil intriga, obtuvo que el Consejo de los Diez le exigiese la abdicacion, sacrificio que con vivo dolor hizo el anciano. En el mismo dia en que fué elegido su sucesor, y en el mismo momento en que la campana de San Marcos daba al pueblo la noticia, difundióse un frio glacial por sus venas y espiró.

El vengativo Loredan, pudo entonces cerrar la cuenta con esta fúnebre palabra: «*Saldada.*»

A medida que iba debilitándose el poder de los Dux, desaparecia la última sombra de libertad para el pueblo. En cambio, ó como una triste compensacion, allí las artes florecian, el comercio prosperaba, la riqueza pública tomaba un grandioso vuelo y la pujanza y el valor de sus soldados llevaban las conquistas hasta luengas tierras haciendo tan respetable el nombre de la República de Venecia, que ninguna nacion del mundo osaba disputarle el dominio y soberanía del Adriático. Era el marco de oro de un cuadro cuyo fondo no podia mirarse sin repugnancia.

Aquel pueblo que á los ojos estraños parecia libre y feliz, vivia subyugado, ó mejor envilecido bajo la mas opresora tiranía. El poder, el verdadero poder del Estado, habia pasado por completo á manos del Consejo de los Diez y del Tribunal de la Inquisicion, cuyos actos no pueden estudiarse sin estremecimiento. Los procedimientos de que echaba mano en sus juicios, eran irregulares, injustos é inquisitoriales. Todo iba envuelto en el mas terrible secreto. La mano con que heria llegaba á todas partes. Al proceso seguia la sentencia, y á esta la ejecucion, aun

cuando el condenado hubiese huido lejos de su patria: Los Sicarios de que disponia estaban en todas partes, y si no estaban, iban allí donde se encontraba la víctima.

Si fuera nuestro objeto describir aquel orden de cosas, no podríamos completar el pensamiento sin que antes no arrojáramos la pluma llenos de ira hacia un pueblo que toleraba tanta abyeccion.

Ante la historia, habrá sido rico, poderoso, industrial, mercantil, guerrero, conquistador; pero ante la concinncia humana será siempre uno de los pueblos mas degradados del Universo. El pueblo que tiene toda la fuerza de su actividad en la materia, no corresponde á los altos fines de la providencia, y por consiguiente debe tener una vida breve.

Venecia cayó como caen los pueblos malditos: perdió hasta su independencia.

El descubrimiento del cabo de Buena Esperanza la hirió de muerte acabando la importancia de los puertos del Adriático. ¿Quién sino Dios enseñó á Magallanes el nuevo paso para la India?



¿No es verdad que al leer la historia de Roma y de Venecia decís con nosotros, que no es la República de estos dos pueblos el bello ideal en que habeis soñado?

¿Quereis ir mas lejos? ¿Quereis levantar el polvo de otras edades que pasaron para no volver jamás? ¿Quereis poner en pié aquellos palacios, aquellos pilares, aquellas columnas de granito, aquellas torres, aquellos templos dedicados á los Dioses que el tiempo hirió de muerte? ¿Quereis dar vida aunque no sea mas que por un momento á Tebas, Esparta y Atenas, con sus instituciones políticas y sociales, con sus patricios, con sus esclavos, con sus filósofos, con sus demagogos, con sus oradores y con los príncipes, sacerdotes y guerreros, pero con los vicios de aquellas sociedades que fueron el cáncer que sorda y lentamente fué minando su existencia.

Es inútil, Sabemos que vuestro modelo está mas cerca. No es tampoco la República francesa, la de hoy, porque es un gobierno tan personal como el de Napolen III; la de ayer, es decir la de 1893 porque lleva un bautismo de lágrimas y de sangre: quiso cimentar la libertad y no hizo otra cosa que santificar la tiranía. Nó, la República francesa con sus Robespierres, sus Marats, sus Dantons, sus Saint Just y sus Camilo Desmoulins está ya juzgada.

Amáis la Suiza, sentís un verdadero cariño hacia esa República federativa en donde la vida se desliza sosegadamente: os agrada su institucion porque á su sombra se vive libre y feliz; pero teneis criterio para conocer que no se puede aceptarla como modelo, porque España no tiene

ninguna de las condiciones que aquella reúne. ¿Qué comparacion hay entre los dos pueblos? España posee un vasto territorio y Suiza tiene un suelo estrecho y peñascoso; España cuenta cerca de diez y seis millones de habitantes y Suiza escasamente dos millones. España en su mayor parte tiene un clima ardiente y la temperatura de Suiza es en todo el año fria y casi glacial. Los españoles somos por lo comun vivos, apasionados, inquietos, amantes de lo nuevo, especialmente en los grandes centros fabriles, y los suizos son frios, tranquilos, resignados. Suiza lleva ya cerca de seis siglos de República federal y durante este largo periodo son contadas sus disensiones intestinas; lo que habla muy alto en favor de sus habitantes.

En una palabra, Suiza es un pedazo de tierra que por su posicion geográfica no es codiciada de los poderosos: es un pequeño rincon de los Alpes, mansion de probidad, de la moderacion y de todas las virtudes públicas y privadas: uno de esos milagros que no se reproducen fácilmente, porque son obra de Dios y del hombre.

Hablemos de la República de las Provincias Unidas, aunque tenemos la conviccion de que tampoco es este vuestro bello ideal. Nació en Utrech en 1579. Mas que República federal, fué aquello una alianza entre Holanda, Zelandia, Foicia y Greetinga, sin otro móvil que la explotacion del comercio: debiéndose á esto la preronderancia que alcanzó en algunos periodos de su corta existencia. Compuesta esta República unicamente de los elementos monárquicos y oligárquicos, el partido popular apenas tenia participacion en la gestion de los negocios públicos. Allí no habia otras miras ni otras aspiraciones que el fomento de los intereses materiales. Mas que un Gobierno, mas que una República federal, era una sociedad mercantil en que los derechos y privilegios se repartian á proporcion del capital de los sócios,

Ha dicho un publicista moderno, que la fuerza del poder es casi incompatible con el sistema federativo, hostile por naturaleza á delegar sus facultades á una autoridad central. Tal vez este pensamiento no sea una verdad en absoluto; pero es lo cierto que, embargada toda la vida de esta República en empresas financieras, se olvidó de revestir al Gobierno del vigor necesario para hacer frente á toda agresion exterior, y de ahí que, abandonada completamente la defensas nacional se viese reducida dos veces

al yugo extranjero, perdiendo en la última su independencia y nacionalidad.

Los mismos escritores que no pueden ser sospechosos á los republicanos, no vacilan en afirmar que, el periodo de gloria que atravesó la Holanda á mediados del siglo XVII, fué mas bien obra del carácter y costumbres de sus habitantes, que de sus instituciones políticas, puesto que estas, antes que á favorecerla tendieron á producir su debilidad y postracion. Por cuyo motivo no puede ser estimada esta República como modelo, especialmente para los republicanos demócratas.

No puede serlo ella ni ninguna de las de Europa.

Su bello ideal no está aquí: está allende los mares; le tienen en los Estados-Unidos.

La Union Americana llena los deseos, las aspiraciones mas vivas, mas ardientes de los que cifran la ventura de la pátria en las instituciones republicanas.

Nosotros no queremos arrebatara una á una todas las ilusiones del republicanismo español, convencidos de que en los hombres de este partido, hay buena fé, hay lealtad, y que desean con el deseo que raya en pasion, la felicidad de sus conciudadanos. Pero tampoco seremos infieles á nuestras convicciones; y si al defenderlas herimos sentimientos que son siempre respetables por lo mismo que son generosos, diremos con un gran poeta español:

¡Hombres: pensad, mas permitid que piense!

Es indudable que hay algo de grande en la República de los Estados-Unidos; algo que abre el corazon, que dilata el espíritu. Hay la grandeza del poder, hay la magestad de la omnipotencia. Ha nacido ayer, porque noventa y seis años de vida para un pueblo no es mas que un dia de la existencia del hombre. Acaba de salir de la cuna, y sin embargo, á su nombre bajan la cabeza todas las naciones del mundo,

¿De donde dimana tanto poderío? se preguntan todos.

Sus fundadores fueron los puritanos, que huyendo de la intolerancia religiosa de Inglaterra, dirigieron su planta en busca de un pueblo virgen en donde pudiesen reproducir las costumbres primitivas y odiar toda clase de gerarquías, sin mas vinculos sociales que los que crea la necesidad de la vida, y sin otro culto que el de la naturaleza y el de la razon;

es decir, el de Dios y el del alma. Hé aquí la primera base de ese gran Estado.

Apenas rotos los lazos que les unian á su pátria, constituyeron un poder gubernamental para lo cual no se inspiraron en otros sentimientos que en los propios, haciendo de esta suerte una obra completamente nueva. Enemigos de toda tiranía, proclamaron la libertad natural y la igualdad, sin gerarquías, sin privilegios, sin prerrogativas, es decir, con derechos iguales. Pero la gran virtud de un pueblo no está solo en la sabiduría de las leyes, sino en la estricta observancia de las mismas. Este es, sino el secreto de una nacion poderosa, el de un pueblo verdaderamente feliz.

Ellos mismos que al sancionar los derechos del hombre santificaban los principios de libertad y de igualdad en todas sus relaciones, habian de ser muy pronto apóstatas y falaces introduciendo en sus estados la esclavitud. ¡Contradiccion insigne en que tantas veces incurre la humanidad por interés propio!

Y sin embargo, quizás á este mismo vicio deba aquella República el fabuloso desenvolvimiento de sus elementos vitales: quizás sus riquezas y preponderancia, no las hubiera obtenido sin el trabajo del esclavo. Si esto fuese verdad, que no nos atrevemos á afirmarlo de una manera absoluta, la abolicion de la esclavitud, trazaria la línea divisoria entre su prosperidad y su decadencia. Es tan reciente esta medida, que no podemos tocar todavía resultados prácticos: el tiempo pronunciará su fallo. Como quiera, los Americanos han hecho un bien inapreciable devolviendo la libertad á unos seres que habian nacido libres porque eran hijos de Dios. Y si han medido el valor de ese acto, es este todavía más meritorio, porque reparando una inmesa contradiccion, han sacrificado á una idea santa, tal vez la prosperidad del país, ó cuando menos el mejor porvenir de sus hijos.

Lejos de nosotros llamar á un juicio de residencia á la constitucion de la Union Americana para condenarla. El sistema federativo que es su alma, envuelve una forma de gobierno, que como todas, es digna de estudio y respeto. Tal vez es una verdad que los pueblos tienen el gobierno que se merecen, y por esto su forma dibuja siempre la época y el grado de civilizacion que aquellos alcanzan.

El sistema federativo, supone una homogeneidad de caracteres, de miras, de principios y hasta de costumbres. O mejor, una armonia tal de pensamientos que convierte si cabe todos los corazones de un pueblo en uno solo. Exije todavía mas; que todos los actos respiren pureza y desprendimiento. Cuando un rayo de egoismo sustituye á la abnegacion, este sistema pierde completamente todas las virtudes que son su vida.

Si la República Holandesa, mas cuerda, hubiese comprendido mejor sus verdaderas necesidades, si en vez de ser los lazos que unian una provincia á otra, lazos de interés, lo hubiesen sido de amor, de escamor verdadero que supone la disposicion á los mas grandes sacrificios, si menos preocupadas las mismas provincias en los negocios particulares, hubiesen fijado su atencion en el bien comun, el poder central no hubiese estado desatendido, las luchas intestinas no hubieran tenido elementos para imponerse y la república hubiera encontrado mejores bríos cada vez que la Francia la ahogó en su seno. Leccion importantísima que no debe echar en olvido el pueblo de los Estados-Unidos, y que deben tener presente los ciegos admiradores de esta república.

Ya no existen los primeros pobladores de aquel gran pedazo del nuevo mundo: aquellos grandes caracteres que todo les parecia un sueño fuera de la obra de la naturaleza, descansan ya en sus sepulcros. Pasó la generacion de los Penns, Franklins, Washingtons y Adams. Hoy vive allí el hombre de negocios, frio, egoista, sin alma y sin corazon constituido en esclavo de su codicia; el yankee que quiere los gozes de la vida como si hubiese nacido en Paris ó en Lóndres, que no envidia la nobleza de estirpe, pero quiere palacios suntuosos, coches y lacayos, que desdeña los honores, pero aspira á ser miembro de la cámara y se arrastra á los piés de los electores, como si se hallara en España, porque sabe que un puesto en el parlamento abre el camino á una fortuna.

Y si el individuo retrata la localidad, el pueblo, el distrito, la provincia y hasta la nacion. ¿Qué clase de federalismo es el de allí? ¿Dónde están las virtudes, los arranques generosos, los sentimientos levantados que son el alma y el orgullo de las repúblicas? No, en los Estados-Unidos no hay otro ídolo que el oro, y en aras de este metal se hacen todos los sacrificios, sin considerar que su egoismo les conducirá mas tarde ó mas temprano á su ruina y á la muerte de esa libertad que tanto invocan en todos sus actos.

Hoy el federalismo es el recelo, la duda, la desconfianza sino el odio. Cesó por completo la armonía de miras é intereses que es la esencia de toda república de esta clase. Hoy los Estados agrícolas claman por el libre cambio, teniendo la convicción que este sistema es la muerte de los Estados industriales: Dejad que aquellos sean mas poderosos que estos últimos y la razón se la llevará el mas fuerte.

Todavía recuerda el mundo atónito la guerra fratricida que separó por un tiempo el Norte del Sur. Presente en la memoria de todos está aquel cuadro desgarrador, que en espectáculo dió al mundo ese pueblo que tantos alardes habia hecho de humanitario. Se dirá que fué una guerra hija de una idea santa. ¿Quién os lo ha dicho? Nosotros no queremos hacer descender de su pedestal al gran Lincoln: Nosotros respetamos y admiramos las virtudes de este patricio. Pero Lincoln era un hombre solo y para vencer el Norte al Sur, necesitaba la cooperación, los esfuerzos, los recursos de muchos. ¿Y creéis que la idea del Presidente de la República era la misma que animaba á los demás? ¿No podia haber algo ó mucho de encono, de envidia hácia los colonos del Sur que por sus elementos propios, disfrutaban de caudales, de riquezas fabulosas de que carecian absolutamente los del Norte? Sino es hoy la opinion unánime, es muy general de que la esclavitud, fué solo el pretexto de aquella guerra. El pensamiento formal de la emancipación dice un distinguido autor, Bergnes de las Casas, no fué ciertamente la causa determinante, sino el efecto determinado del ardor de la lucha.

Sea lo que quiera, la República de los Estados-Unidos, lleva en sus entrañas el dardo envenenado. El Sur ha caído á los piés del Norte. Ya no existen lazos de comunidad; lo que hay es el yugo que une el opresor con el oprimido. El Sur trabajará sordamente para sacudir ese yugo y es muy posible que tarde ó temprano logre su objeto. Cuando llegue ese dia, cuando suene esa hora, la obra de Washington quedará convertida en cenizas. ¿Y es este el ideal en que habeis soñado? ¿Y es esta ¡oh republicanos! la República que anhelais para la pobre España? A iguales causas idénticos efectos. Convertido este país en un pueblo federal, pronto veria salir á la superficie ciertos sentimientos ahogados hoy, por el respeto que inspira la autoridad del jefe del Estado. Ese espíritu de provincia que es innato en nosotros y que revela claramente el largo período de nuestra

división territorial, tomaria luego forma y poco tiempo transcurriria sin que á la federación no sucediera la autonomía de las provincias; es decir la independencia de las mismas, si es que mas desgraciados todavía no les llevase la envidia y el encono á defender torpes pretensiones con las armas en la mano, convirtiendo el rico suelo español, en un lago de sangre, haciendo retroceder la España al tiempo del feudalismo, y borrando todas las páginas que desde entonces acá, ha escrito en el gran libro de la civilización Europea.

No envidicéis el porvenir de los Estados-Unidos. Esa tranquilidad que tanto os enamora es aparente. Es lo cierto que empieza á sufrir sensaciones que son presagios de grandes sacudidas que han de descomponer tarde ó temprano su organización social.

En cuanto al portentoso incremento de la población, á ese desarrollo de capitales que allí se nota; ello nada le debe á sus instituciones políticas, es cosa completamente ajena á la forma de gobierno. Es la obra de Dios. El suelo es virgen, la tierra fértil, la naturaleza del país dispuesta á recibir las grandes mejoras con una facilidad que se alcanza en pocos países del mundo. Y si algo se debe al hombre, tanto peor para vosotros: entonces ese gran progreso no se debe al orden político y si á las cualidades etnológicas de la raza anglo sajona, á su amor al trabajo, á su actividad incansable y á su carácter emprendedor. Hé aquí, que si por espíritu de imitación tratareis de importar aquella república, con todas sus instituciones políticas; si olvidareis de hacer lo mismo con los hombres que la habitan, os avergonzarais luego por vosotros mismos, porque cuando creierais terminado vuestro pensamiento, en vez de mirar á los Estados-Unidos con su poder y grandeza, veriais á Méjico, el Perú, Buenos-Aires y Montevideo, con sus luchas y su miseria. Creerías encontraros con la obra de la raza anglo sajona, y os hallaríais con la de la raza latina.

No, ocultad á vuestra pobre patria esta nueva afrenta, despues de tantas que la abruman por la negra conducta de sus hijos.



VI.

Muy tibia sería nuestra fé en el porvenir de España, sino tuviéramos la convicción de que al órden actual de cosas vá á suceder muy pronto una nueva era de paz y ventura.

No vendrá la República, ni continuará lo existente. Lo primero sería la confusión, el desórden, el caos, en una palabra la *commune*, y todo esto no lo quieren [mas que unos pocos] desgraciados. Lo segundo se caé, se desmorona, se vá por la base y no hay poder humano que lo sostenga. Esto lo conocen propios y extraños.

Vayamos á lo que vendrá: ¿El Príncipe Alfonso? tal vez sea la mejor solución. A lo menos nosotros no vemos otra.

Ahora bien, con la monarquía de este príncipe ¿qué partidos pueden tener vida ó tienen razon de ser? No hay mas que dos: el conservador liberal y el liberal progresista. Ya se sabe que para nosotros el primero comprende el moderado, y el conocido por el de la union liberal, y el segundo el progresista, el radical y el democrata sin hipocresía.

El conservador liberal quiere sostener las conquistas de la libertad, del progreso y de la civilización; dirige sus ojos hácia adelante pero no se apresura á dar un paso sin que esté seguro de que pone su pié en tierra firme. El liberal progresista lleva en su seno el elemento juvenil, y por esto es impaciente y fogoso, ama la libertad, ama con pasión las instituciones liberales y no pocas veces este mismo amor le conduce á querer una suma mayor de derechos que no está en relacion con los grados de cultura de la época.

Estos dos partidos han arrancado de un mismo tronco y han debido te-

ner sino iguales, parecidas tendencias; pero en muchísimas ocasiones lejos de corresponder á sus altos fines, han convertido en dias de luto aquellos que habian de ser de gloria para la nación. Con mejor raciocinio por parte de los hombres que los han dirigido, con mas circunspeccion, con verdadero genio previsor y sobre todo con mas amor patrio, las cuestiones de escuela no se hubieran confundido con las de interés particular, el curso de los acontecimientos se hubiera realizado sin violencia de ningun género; las contiendas entre ambos no hubieran sido de pugilato, y si de pacífica discusión; y los demás partidos facciosos se hubieran abstenido de cruzarse en la lid, porque no se hubieran visto alhagados por ninguna de las partes contendientes.

Pero el dogma político es la creencia, es la fé, es el principio, es la institución, y por desgracia el partido es el hombre, el hombre con sus pasiones, con sus errores, con sus debilidades y tal vez con sus crímenes. ¿Qué vale que la idea sea santa si la criatura la mancilla con su hálito?

No llenó su verdadera mision el partido conservador en la época en que fué dueño de los destinos del país. Cometió errores ¿á qué ocultarlo? y fué tal la gravedad de ellos que la *pública opinion* le abrumó en muchísimas ocasiones con su peso. Pero ¿qué mision ha realizado despues el partido progresista? Los hombres que se han afiliado á él, que le han dirigido, que le han llevado á su antojo ¿pueden envanecerse de sus actos? ¿Qué le importaba al país una constitucion mas? ¿qué le importaba que está fuese mas ó menos lata? ¿qué le importaba que consignase derechos mas ó menos naturales al hombre, mas ó menos ilegislables, si vive desde el dia en que se encumbró este partido en la agonía que le conduce mansamente á la muerte?

¿Porqué no pasa el tiempo como un soplo para que desde otro período, desde otra época se pueda juzgar desapasionadamente la actual situación? ¿qué decimos juzgarla, para arrojar sobre ella un velo, para no verla? ¿No merecen acaso esos hombres mas que el desprecio, el olvido? ¿No son mas ridículos que criminales con ese afán de ser, con esa pasión de gozar, con ese amor á unas doctrinas que no practican porque no las comprenden? ¿No inspiran lástima antes que tedio al verlos ayer unidos, hoy separados, ayer amigos, hoy enemigos, ayer partiéndose fraternalmente el botín, y hoy arrojándose á la cara los dictérios mas injuriosos y grose-

ros; verlos entrar en el juego de la política como cosa baladí, pasarse de republicanos á demócratas, de demócratas á progresistas, y luego embadurnarse de conservadores, trocando caracteres, cambiando papeles como si fueran cómicos de una compañía de á la legua y la España un teatro de villorrio?

¡Tristísima historia! ¿Y para qué tantas recriminaciones contra los gobiernos pasados? ¿para qué esos discursos en la tribuna, esos artículos en los periódicos, esas tentativas para corromper la disciplina del ejército? ¿Para aumentar los males de la nación? ¿para envenenarlos, y al fin para hacer solamente una víctima, la mas inocente de las víctimas? ¡Mas valiera que hubierais pasado por charcos de sangre, pero que al llegar al poder, hubierais levantado enhiesta la bandera de la libertad, del progreso y de la civilizacion, labrando la ventura de la patria!

La responsabilidad es vuestra y solo vuestra: el fango con que habeis manchado esa bandera caerá sobre vuestra frente. ¿Tienen algo de comun vuestros actos con los principios políticos del credo liberal progresista?

Y sin embargo, preciso es que, suceda lo que quiera, venga lo que viniere, reales ó desmentidos nuestros vaticinios; con D. Amadeo, con la República, con D. Alfonso, con D. Carlos, en una palabra, con cualquiera situacion, es de toda necesidad que hombres nuevos levanten esa misma bandera, que arrojen de su sombra á los impostores, á los que nunca fueron liberales, ni conservadores, ni nada; explotadores de política, que ayer se arrastraban á los pies de los mandarines de Gonzalez Bravo, y hoy, haciéndose los revolucionarios han alcanzado elevadísimos puestos y pingües sueldos. Es indispensable que los verdaderos partidarios de la escuela liberal progresista se animen, se agrupen, formen un partido doctrinario, se eleven á las circunstancias de hoy y á las que vendrán mañana, se inspiren en los grandes sentimientos de los preclaros varones que en 1812, dieron, cuando menos, muestras de honradez y abnegacion, é imiten la pureza de Aylon y Mendizabal que, no obstante de haber sido Ministros de Hacienda mas de una vez, murieron pobres hasta el punto que sus amigos les tuvieron que sufragar los gastos de la última enfermedad y del entierro.

El partido liberal progresista no sería de los deshoredados de la nueva situacion: al contrario, tiene un porvenir quizás brillante, sobre todo si á

él acuden hombres de buena fé, de corazon recto y de claro criterio, que no sean una rémora y si un poderoso auxilio para llevar á cabo las grandes reformas que se tienen que intentar en el régimen político, si se quiere que la España nunca, jamás vuelva á hallarse en el borde del abismo.

El deseo de los españoles no se ha espresado en ninguno de esos actos públicos tan susceptibles á la supercheria; pero no por esto es menos vivo ni menos ardiente porque está grabado en todos los corazones, está impreso en todas las conciencias, es seguramente la aurora de nuestra esperanza, porque quizás es el único faro de nuestro porvenir.

La historia registra muchas restauraciones. La hubo en Inglaterra luego de haber sido decapitado Carlos I. La hubo en Francia despues que el furor popular arrastró al cadalso á Luis XVI y á su esposa María Antonieta. Pero ni en Inglaterra ni en Francia los Príncipes que recogieron la herencia de sus antecesores, supieron ponerse á la verdadera altura de las circunstancias. Y hé aquí por qué el mismo pueblo que los habia llamado con amor y hasta con entusiasmo, los arrebató el poder con encono. Lección que debe tener muy presente el Príncipe Alfonso, si en realidad, como creemos, la Providencia le destina á recobrar el trono de España.

Los deberes de un rey son sagrados; pero si este rey es el hijo de una reina destronada; si á pesar de sus cortos años ha probado toda la hiel de la vida, apreciando en la importancia que tienen los hechos que le hicieron perder en una hora la mas brillante de las posiciones, si ha leído en las lágrimas de la madre el dolor, la amargura que entraña esta pérdida, y si al recobrar esa posicion ha sabido ver la innensa grandeza de su pueblo y al mismo tiempo el dedo de Dios; entonces, ¡ah! entonces, estos deberes son mas que sagrados, son santos, mil veces santos.

¿Se vengará! dicen algunos ilusos. ¿De quién? ¿De sus enemigos?... ¿Para que estos se presenten luego con la aureola de mártires y arrojen sobre la frente del Príncipe la estigma del odio público? ¡Qué delirio!

Nó. Alfonso XII tiene que venir y vendrá con el ramo del olivo y no con la espada del angel exterminador. Aquí no hay culpables: aquí no hay mas que arrepentidos. Tiene que venir y vendrá, á constituir un gobierno fuerte y justo; á dar vida al principio de autoridad, hoy débil ó casi nulo, debiendo ser este principio la piedra angular del nuevo edificio social.

La España no quiere un tirano. No quiere el absolutismo. Desea las

instituciones liberales, pero que estas sean el amparo y proteccion de los ciudadanos y no el medio para asegurar la impunidad de los criminales. Quiere un Rey que reine y gobierne, que no sea un autómatas, que no se someta á influencias estrañas, que no sea el frio instrumento de ninguna córte de Europa por poderosa y altiva que ella sea, que obre por sí y por el consejo de hombres cónocidos por su sabiduría, sensatez y españolismo.

D. Alfonso no debe ver en el sόlio de España el medio de atesorar caudales y hacer una fortuna. Su mision ha de ser mas alta, mas levantada. Inspirándose en aquellos grandes caracteres que entre sus antecesores se encuentran algunos modelos, ha de abrir su pecho á los sentimientos generosos, empezando por renunciar á la lista civil hasta tanto que no sea una verdad la nivelacion de los presupuestos. Treinta millones de reales anuales al cabo de diez años representan un fabuloso capital; constituyen una gran potencia en una mano ó en una familia, pero derramados en la nacion, suponen el sér, la vida y el bienestar de diez mil familias españolas, ó sea de cincuenta mil de sus individuos. Semejante sacrificio demostrará á los ojos del mundo que es muy digno de recobrar el trono perdido.

El estudio de la representacion nacional, debe ser el objeto predilecto del Rey. El pueblo debe darse á sí mismo las leyes: como dueño de sus intereses, debe ser depositario de sus fueros. ¿Pero dónde está el sér privilegiado que conciba el sistema de elecciones que conduzca á estereotipar la verdadera, la genuina espresion del país? La historia de nuestras elecciones, es una verguenza para España. Nadie ignora que la corrupcion ha pisado los umbrales de la representacion nacional: nadie ignora que el ocupár un asiento en el Congreso se ha hecho objeto del mas miserable, del mas escandaloso, del mas repugnante lucro, convirtiendo el templo de las leyes no pocas veces en asqueroso mercado. Es preciso estirpar este mal que acabaria por herir de muerte á las instituciones liberales. La responsabilidad reside arriba y abajo. Para que los elegidos sean dignos es necesario que los electores lo sean. ¿Si el comitente vé en su voto algo relacionado con sus miras particulares, cómo ha de acordarse de elevar al mas digno, al que mejor pueda favorecer los intereses generales del país? Pero tampoco habria ningun diputado que pusiese precio á su voz y á su voto, si no hubiese ministros que comprasen conciencias.

El elector se vende al diputado, el diputado al Ministro y el precio de tan nefando tráfico, ó es oro, ó son credenciales, ó son títulos de Castilla, ó son grandes ó pequeñas cruces. Como todo se hace á la faz del dia, el país lo vé, lo toca, se avergüenza de sí mismo y acaba por mirar con fria indiferencia los actos mas sacramentales de las instituciones del sistema liberal, considerándolos como un escarnio arrojado á su cara.

El medio para poner fin á este tegido de podredumbre está en manos del Rey. Que eleve al cargo de Ministro al que crea mas digno y le sostenga con entereza, que no fie su suerte á las veleidades de una Cánara que muchas veces está muy por debajo de los verdaderos intereses y de las justas aspiraciones del país. El talento del Ministro se refleja siempre en el mismo Rey. Sin Floridablanca, Carlos III tal vez no hubiera dejado un nombre ilustre en la historia. Sin Bismark Prusia jamás hubiera salido de la esfera de una nacion de segundo órden, aunque tuviera los honores de primer órden.

El pensamiento que hierve en el cerebro de grandes eminencias no es siempre comprendido ni apreciado. El mismo Floridablanca tuvo enemigos que alcanzaron los medios de levantar tempestades sobre su cabeza y que conjuró con el apoyo del mismo Rey: y Bismark hubiera visto todos sus planes desechos bajo los rayos del Parlamento sin la firme confianza que supo inspirar á Guillermo, á quien los siglos venideros llamarán grande por haber estimado y sostenido al hombre á quien el país miraba, sino con odio, con mucha prevencion.

Nosotros no queremos que el Parlamento sea una institucion vana, que sea juguete en manos del Rey; pero ó es necesario hacer bajar á este de su pedestal, es decir anularle por completo, ó es preciso, indispensable, concederle todos los atributos de gran poder, á fin de que dentro de los usos del constitucionalismo pueda elevarse como Autoridad Suprema y hacer valer su criterio por encima de ciertas mayorías, producto muchas veces de monstruosas coaliciones ó alianzas, nacidas de la ambicion ó de la envidia, ó de otras pasiones aun mas miserables y bastardas. Si el Rey obra mal, el Rey será responsable ante el país, ante la historia, y ante Dios.

VII.

Otra cuestion hay tan árdua, tan espinosa, tan erizada de dificultades como la cuestion Política y esta es la Económica. Que España desde muchos años no ha tenido buenos administradores, lo justifica el estado de su Hacienda. Los Gobiernos han apelado á todos los medios para levantar recursos sin miramiento, consideracion ni orden. Cuando no los han hallado en el país los han buscado fuera de él. Las exigencias de los usureros no han sido para ellos ninguna traba. Esta conducta les ha llevado al descrédito y el descrédito les ha ido conduciendo como por la mano á los mas tristes y vergonzosos sacrificios. Cuando el modesto negociante de la Cité encontraba dinero al cuatro por ciento, la España con sus poderosos elementos de vida y de riqueza tenia que pagarlo al quince por ciento.

Hé aquí porque la deuda nacional, hoy tan múltiple á pesar de las tendencias que han revelado algunos estadistas en unificarla, haya crecido en proporciones tan espantosas, que despues de haber devorado un inmenso capital en Bienes Nacionales, amenaze hacer lo propio con la fortuna privada, si pronto, muy pronto no llega un eficaz remedio. Cual sea este, difícil es decirlo, tan difícil que raya en audacia formular un pensamiento serio sobre ello.

Seguramente que el crédito seria nuestra salvacion porque nos arrancaria de manos de los usureros que nos ahogan y acabarán ya que no con nuestra vida, con nuestra honra. El crédito está herido de muerte para España. Con pena hemos de decirlo, la salvacion ha de buscarse en un principio absoluto y cruel. No hay otro camino que sepamos nosotros. Para tener un crédito á medias, un crédito dudoso lleno de recelos, de desconfianza, mil veces mas es preferible carecer de él, completamente, abso-

lutamente. Mas honra hay en decir al país, á la Europa, al mundo entero nuestra verdadera situacion, que no esponer á nuevos acreedores á ser victima de nuestra falacia. Es preciso para asegurar los grandes intereses comprometidos en la deuda levantar el velo que encubre nuestro Tesoro, mejor que el velo la benda que tapa la llaga llena de podredumbre que nos corroe, consume y nos mata lentamente. Es preciso decir, revelar la verdad desnuda. No mas misterios, no mas palabras engañosas, no mas promesas que han de ser desmentidas. El remedio no es mas que uno á nuestros ojos: un sacrificio por parte de los acreedores del Estado y otro sacrificio por parte del país. Esto matará nuestro crédito, pero talvez sea una muerte pasajera, tal vez cual el ave fénix vuelva á la vida dentro de poco, sobre todo si hay alma y corazon en el jefe del Estado, si éste sabe imprimir su autoridad en los actos gubernamentales y si revela el genio de un Alfonso el Sábio, de un Carlos I, de un Felipe II y de un Carlos III. Entonces el crédito desenvolverá los poderosos elementos que posee nuestra patria, dándola nueva vida y nuevo lustre.

Pero para preparar el periodo de nuestra regeneracion, no basta cicatrizar las heridas del mal, es indispensable descender al estudio de las causas para aplicar el remedio en la raiz. La corrupcion está dentro de la médula de la sociedad: escandalosas fortunas se señalan con el dedo debidas al cohecho y el inmenso capital que representan ha sido arrebatado al tesoro público. A nadie admira, antes al contrario, se vé como una cosa natural que un Ministro gaste el doble de lo que cobra: Ni sorprende de ningun funcionario público que despues de cortos años de desempeñar su cargo ostente una fortuna de príncipe. La víctima de todo esto es el país, el país que lleno de horror, pero que con los brazos cruzados vé á los criminales y no se atreve siquiera á nombrarlos. Para que desaparezca el mal y no vuelva á retoñar, para que la sávia, la vida de la nacion no se pierda entre las mallas del sistema administrativo aplicado farisaicamente, para que, en una palabra, cese tanta immoralidad, tanto fraude, tanta espoliacion, es necesario que haya el castigo y que este hiera lo mismo á los de arriba que á los de abajo. El país tiene sed de justicia, pero ha visto tantas veces el crimen sin castigo, ha visto tantas veces al delincuente impune, que ha llegado á dudar de que suene la hora en que la ley sea igual para todos en España. Es fuerza desvanecer

esta duda; y si el Príncipe Alfonso inaugurara su reinado con uno de esos actos que admiran por lo nuevos y grandes, pero que entrañan una gran lección; si trasluciese el crimen á través de las bandas, cruces y entorchados, si á la falta siguiera inmediatamente el castigo, si este fuera uno de aquellos que imprimen la mancha de la infamia sobre la frente del criminal y se aplicara á la luz del día y á la faz de Madrid, de España, de Europa, del mundo entero; los prevaricadores no encontrarían ya cómplices, el miedo al principio y el buen ejemplo y los buenos hábitos despues inculcarían en el funcionario público la honradéz y el celo, y desapareciendo los ágios en las elevadas esferas, desaparecerían igualmente en las demás, y entonces los sacrificios del pueblo no serían estériles; el importe de las contribuciones, y las rentas de las Aduanas no desaparecerían en una gran parte para pasar á manos nefandas: los Españoles podrían abrir su pecho á la esperanza, y á un presenté penoso sucedería bien pronto un porvenir lisonjero y feliz.

VIII.

Condensemos nuestro pensamiento en cuatro palabras.

Lo existente es efímero y tiene que desaparecer por la fuerza de las circunstancias mas poderosas que la voluntad del hombre, de los reyes y hasta de los pueblos. Si nos equivocáramos, si lo existente ha de vivir, si ha de echar hondas raíces en nuestro suelo, si tiene que producir ópimos frutos, si puede desenvolver las fuentes de nuestras riquezas naturales y darnos paz y ventura; tanto mejor. Al ciclo plugiera tal milagro.

¿Si lo existente se vá, puede venir la República? Si esto aconteciera no faltarian dias de luto para la pátria: dias cortos, brevísimos, pero tal vez horrosos. Los republicanos mas discretos serían víctimas de los mas ardientes y al sacrificar á sus compañeros envolverían á la nacion entre ruinas, ó bien la República produciría un Dictador como la República de 1893 en Francia produjo un Napoleon I y ese dictador ahogaría en sangre y fuego el órden, la libertad y tal vez la dignidad de los Españoles. Y esto no lo quieren ni lo pueden querer los Republicanos.

¿Puede triunfar el carlismo? Imposible. La nacion quiere una solucion definitiva pero media: por lo mismo que rechaza la República rechaza el carlismo. Este nos traería el año 1823 con sus odios y sus venganzas, es decir, con el esterminio de los liberales. Una página mas en la negra historia del fanatismo religioso.

No somos partidarios ciegos de ninguna escuela, de ningun principio político. Amamos lo justo, lo conveniente, lo que puede conducirnos al bien. Ningun lazo nos une hoy á nada en política: somos tan libres, tan independientes como nunca; pero al proclamar en el fondo de nuestro corazón como Rey de España á D. Alfonso no hacemos ótra cosa que ren-

dir culto á nuestra conciencia. D. Alfonso es el nieto de nuestros Augustos reyes ¿y si ha de haber un Rey en España quién con mas derecho que él? Si la Revolucion fué legítima, si Doña Isabel II cometió errores, si estos llevaron al pueblo á combatirla y derribarla del trono, ¿es responsable el hijo de los desaciertos de la madre? Creemos que las coronas no deben ser objeto de herencias, de legados; pero hay un sentimiento que se levanta sobre todos los sentimientos y que dice que la corona de España pertenece al hijo de D.^a Isabel II.

¿Pero á quien puede infundir recelos la solucion de D. Alfonso? ¿A los Republicanos que no podrian aspirar á su bello ideal? ¿A los Carlistas que tendrian que renunciar para siempre á su Carlos VII con quien por otra parte empiezan á estar tibios, porque la conducta de éste en la época presente ha desvanecido las esperanzas que habian concebido de ver en él á un rey guerrero?

Fuera de estos dos partidos extremos que podrian llamarse con mas razon que ningun otro radicales, los demás, ó sean el conservador dentro de las instituciones liberales, y el progresista, que busca en el progreso la reforma de sus principios de gobierno, lejos de quedar excluidos, están llamados en la situacion de D. Alfonso, á vivir y á prestar grandes servicios á la pátria. A estos dos últimos partidos pertenecen las grandes eminencias del país; la misma nobleza que se puso al lado de D.^a Isabel II en la cuestion dinástica, el clero alto y parroquial, pero juicioso, que no es hostil á las reformas relacionadas con el progreso de la época, y que no estén fuera de la ortodoxia católica, el ejército, que casi en su totalidad no es Carlista ni Republicano, los poderosos capitalistas y ricos hacendados que tienen horror á los partidos extremos, la clase media que ama con singular cariño las instituciones liberales porque vé en ellas su propia existencia, y hasta aquellos proletarios que obran por convicciones propias y que no forman parte de esa inmensa masa sin pensamiento alguno, que rueda ligeramente á merced del mas osado, y que con la misma facilidad arrastraría hácia la demagogia el partido republicano feroz, que llevaria al esterminio de los liberales, esos curas fanáticos, locos que mienten á su Dios para adorarle.

No hemos hecho profesion de profetas, pero vivimos en la fé de que la Monarquía del Príncipe Alfonso, sera el albor de dias de ventura para

España, imperando el principio de autoridad que afianzará el orden sin menoscabo de los derechos razonables de todos los ciudadanos. Las pasiones políticas vivirán encerradas dentro de los justos límites que no debieran haber salvado nunca; y el manto tutelar del gobierno, lo mismo cubrirá al débil que al fuerte, apareciendo entre los poderes públicos la gran figura del Rey inspirando el respeto y la estimacion á la vez.

No serán temibles esos ágios de arriba ni esas miserias de abajo que tanto han conspirado contra el Tesoro Público. Allí donde aparezca el el crimen, aparecerá el castigo. No se repetirán hechos que averguenza siquiera nombrarlos, y que forman una gran parte de la historia de la desgraciada época que estamos atravesando; hechos que felizmente ha traducido uno de los mas caracterizados sectarios de la revolucion con el nombre de puntos negros.

Pero si nos equivocamos en el juicio de los hechos que están todavía en los arcanos de los tiempos venideros, al añadir á los desengaños pasados otro desengaño mas, creeríamos ver desvanecida la última esperanza para España. Las grandes oportunidades pasan, y la dificultad consiste en saberlas aprovechar. La historia de los Estuardos en Inglaterra, y de los Borbones en Francia, revela que la Providencia, abre muchas veces á los Príncipes el camino de recobrar el trono perdido. ¡Ay de ellos si no saben realizar los grandes fines, para que los ha llamado la misma Providencia!

Si el Príncipe D. Alfonso, siendo el elegido por el dedo de Dios, sabe hacerse grande, el país no le arrebatará el sόlio y podrá arraigar su dinastía en España; pero de lo contrario, oirá sobre su cabeza bramar la tormenta popular que se rie de la inviolabilidad de los Reyes.

De la pátria al destierro no hay mas que un paso, como no hay mas que un paso del Capitolio á la roca Tarpeya.

